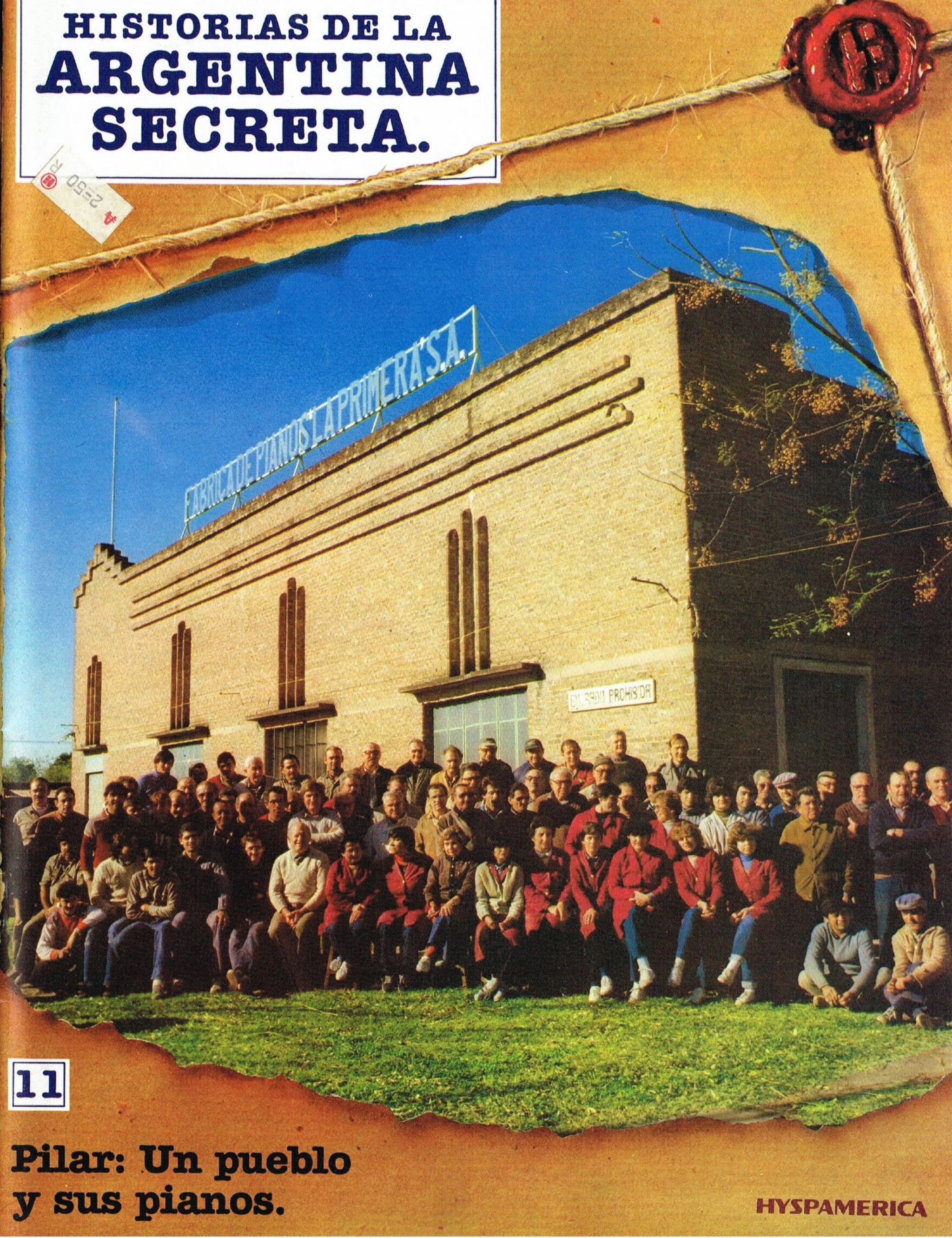
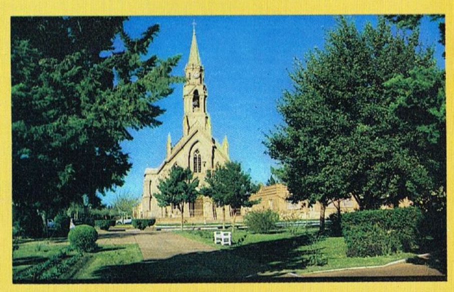

HISTORIAS DE LA
ARGENTINA
SECRETA.
FABRICA DE PIANOS LA PRIMERA S.A.
11
Pilar: Un pueblo
y sus pianos.
HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es una colección documental de cien fascículos que aparecerán semanalmente. Cada veinte fascículos se formará un tomo. Las tapas para encuadernarlos saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá encuadernar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**, que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS**, amplia colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se incluirán también mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Este material complementa el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**. Por razones de ordenamiento cada fascículo anticipará datos y referencias del mapa que se publicará en el siguiente. Las referencias del atlas así como las del mapa de la Argentina que se entregó en el número uno, acompañarán las tapas para encuadernar el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**. Estas se pondrán a la venta al promediar la colección.



Cómo llegar: *servicios regulares de ómnibus arriban a Pilar desde la ciudad de Santa Fe y, también, desde la localidad cordobesa de San Francisco y la capital de esa provincia mediterránea. En automóvil se puede llegar por la ruta nacijonal número 19 –que une Santa Fe con Córdoba–, que pasa a unos pocos kilómetros de este industrioso pueblo.*

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset.

Secretaria:
Analía Gardín

Jefe de diagramación:
Víctor C. Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Producción gráfica:
Paulina Elissetche.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4° piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución
Capital Federal:
Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior:
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados:
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

Fotomecánica:
Offset Plus Fotocromos
Comodoro Rivadavia 878, Bernal,
Provincia de Buenos Aires
Tel. 252-8794

Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

ISBN: 950-614-496-6 (Obra completa)
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

Pilar: un pueblo y sus pianos.

11



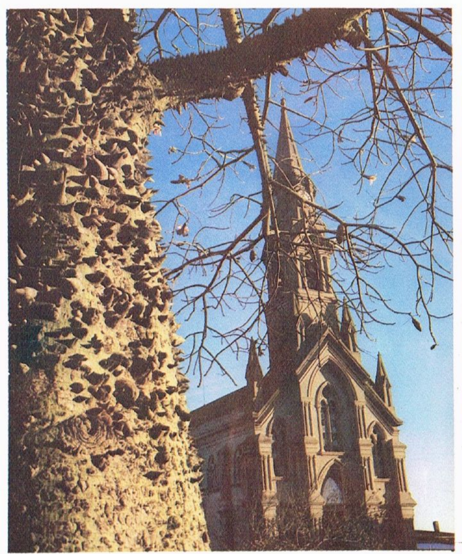
Orfebres del sonido, estos carpinteros de Santa Fe son accionistas de la primera y única fábrica de pianos del país. Es su única fuente de trabajo. Por eso la defienden con tesón. Si llegara a cerrar, peligraría el futuro de toda la comunidad.

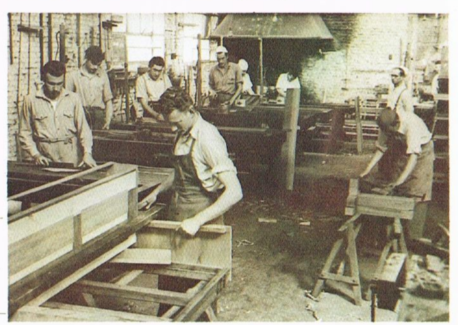
No eran tiempos fáciles aquellos. Cuando cerró el molino harinero los más imaginativos enfrentaron el futuro con decisión.



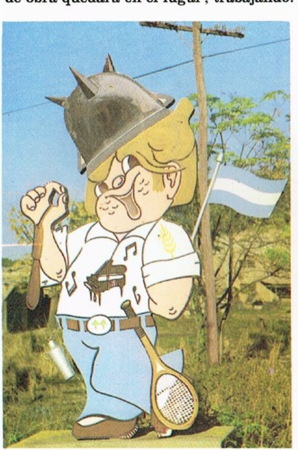


Todo comenzó cuando el pueblo se quedó sin fuentes de trabajo. Entonces el cura párroco, el maestro y algunos vecinos convencieron a un artesano santafesino para que se radicara en Pilar.





La existencia de la fábrica de pianos permitió que la ciudad creciera y que la mano de obra quedara en el lugar, trabajando.



Son las cuatro de la tarde de un miércoles. Afuera el día es hermoso, pero no lo es menos en el interior de la fábrica de pianos «La Primera», en Pilar, provincia de Santa Fe. Juan Carlos Kinzel está tratando de armonizar los sonidos en uno de los instrumentos y de golpe, como al descuido, lanza una observación que colorea la tarde: *«Esto de afinar un piano tiene sus bemoles»*, dice, y sigue ajustándole las clavijas a cada cuerda. Como el afinador Kinzel, los otros operarios, técnicos y administrativos de la única fábrica de pianos que tiene el país no parecen sufrir a causa de la crisis que amenaza al oficio, ya que «La Primera» es también la última fábrica de pianos del país. Esto ocurre quizá por lo apasionante del trabajo, o tal vez por el apoyo de la comunidad donde viven: los habitantes de Pilar consideran con orgullo la existencia de esta industria, de la cual muchos son accionistas desde la primera hora. En realidad, resulta difícil separar ambas historias, la del pueblo y su fábrica, entrelazadas por una laboriosa red de mutuas justificaciones. Algunas particularidades de Pilar podrán explicar la existencia de «La Primera», así como ésta, a su vez, otorga una personalidad definida a este pueblo del oeste santafesino.

No menos atractivo que el devenir de estas relaciones es comprobar que la imaginación colectiva es capaz de atemperar los rigores de una etapa crítica, pero también que los hombres pueden ser felices con su trabajo cuando éste es capaz de proporcionar placer a quienes lo ejecutan. Hay, entonces, tres aconteceres bien «afinados» en esta feliz experiencia: el de los carpinteros que fabrican pianos, el de la madera que se hace música y el de un pueblo que no quiere que los nubarrones le tapen el sol de todos los días. Y esto no es retórica.

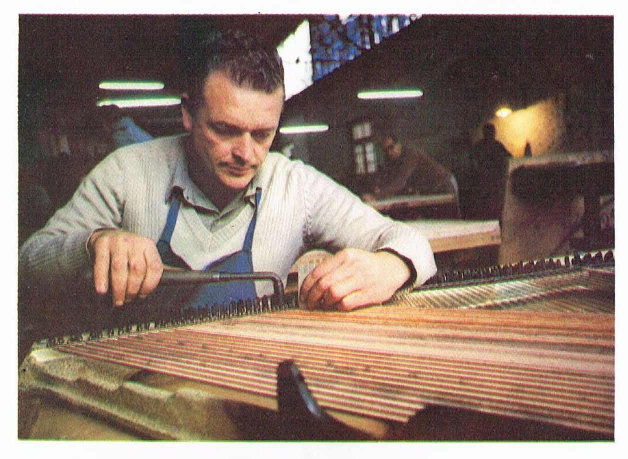
La música de esta parte.

Pilar queda a 63 kilómetros de Santa Fe, no lejos de Rafaela ni demasiado distante de la localidad cordobesa de San Francisco. En 1939 este lugar

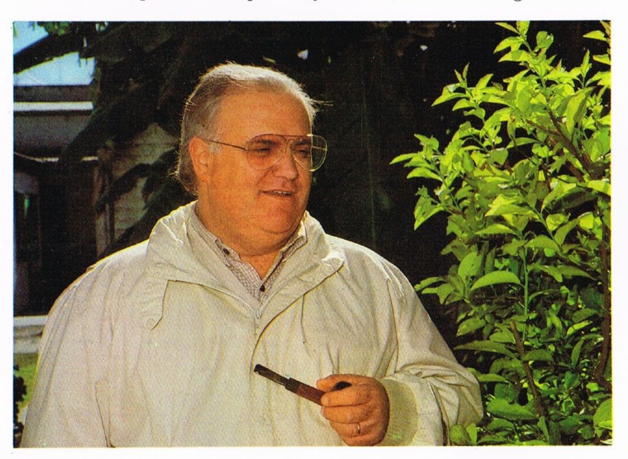
produjo un movimiento de participación popular que hoy merece recordarse. En esos días el párroco Venancio Cruz –un cura simpático y hablador– se unió con el maestro Máximo Manetti –director de la escuela primaria– para organizar una comisión de vecinos y crear una fuente de trabajo. El objetivo era retener en la zona a la mano de obra y evitar así el éxodo y el desarraigo, dos lacras tristemente comunes en el interior del país. La clausura del molino harinero «Estela», la crisis de los años treinta –más y mejor conocidos como La década infame– y el cierre de los talleres ferroviarios de Pilar, sumió a muchos en la desocupación, y, por lo tanto, en la siempre triste alternativa de optar por abandonar el pueblo natal.

Fue entonces cuando el sacerdote y el maestro junto con Antonio Tavernier –propietario de un almacén de ramos generales– convocaron a los vecinos y unieron ánimos y capitales para inaugurar en Pilar una industria. Una fábrica. Algo que retuviera a la gente y le diera de qué vivir y en qué

Muchos crecieron en el taller de carpintería. El encordador Rubén Ebel lleva 34 años en la empresa. Aún hoy encara sus tareas con el entusiasmo del primer día, como si se tratara de un asunto personal. Cada piano terminado lleva incorporado algo suyo.



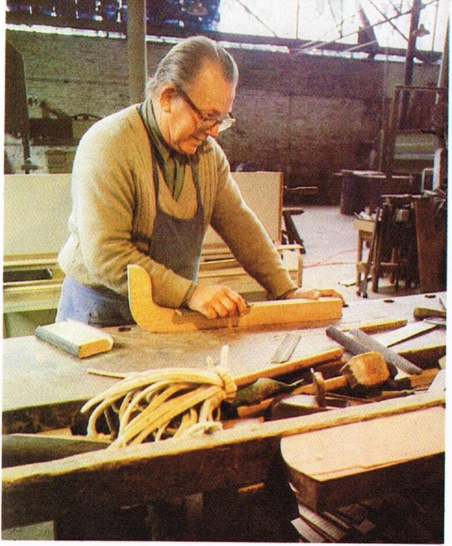
Pasaron los años y la fábrica dc pianos siguió siendo la industria más importante de Pilar. Manuel Feijóo, su gerente, se ocupó de que la crisis no afectara a los artesanos: «Hicimos de todo para subsistir: perchas, y muebles», recuerda con orgullo.

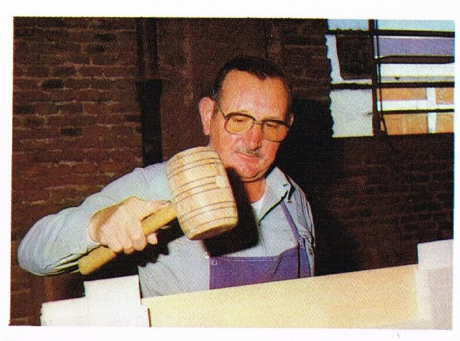


creer. Primero intentaron fundar una fábrica de cosechadoras pero no lograron ponerse de acuerdo acerca de quién sería su director técnico. Finalmente descubrieron en Santa Fe a un ignoto artesano que fabricaba pianos. Se llamaba José María Alcayde. La suscripción popular de acciones fue un éxito, y la primera fábrica de pianos del país se instaló en Pilar. Así, los gringos y los criollos, los artesanos y los desocupados, comenzaron a trabajar en una industria donde aún hoy –y en medio de una crisis tan profunda como aquella que golpeó al país durante los años treinta– se sigue debatiendo el futuro.

Y el futuro es algo que justamente preocupa a Manuel Feijóo, gerente de la empresa: *«Año a año nos vamos sacrificando más en la producción, en los elementos que tenemos. En esta fábrica, hace casi treinta años atrás se hacían 110 pianos mensuales. Pero allá en el ochenta comenzamos a bajar la producción ya que no había casi ventas: la gente de la república había perdido su poder adquisitivo. Y así*

Desde que el piano dejó de unir a las familias, las fábricas argentinas cerraron. Solamente una –ésta–, perduró.





Tres etapas del largo, complicado proceso de construcción de un piano. Cada tarea exige años de especialización. ¿Adónde podría ir a trabajar un encordador con treinta años de oficio?



llegamos a esta época donde cada vez las ventas son menores. Hace ocho meses que no se vende un piano en una casa de música. Nos mantenemos con un plan de ahorro para vender el piano en cuarenta cuotas mensuales. Mientras tanto, hacemos otras cosas como taburetes, banquetas o juegos de living. Pero hemos bajado otra vez la producción de pianos, que ahora anda apenas en los veintidós o veintitrés mensuales».

No existe en el país una industria como ésta: un lugar en el cual, durante años se haya traspasado esta artesanía de padres a hijos, de manos a manos. Un lugar donde, además del trabajo, se comparte la vida misma. Y donde todos luchan para que el trabajo permanezca, como el carpintero Norberto Proni quien se interroga acerca de los motivos de la decadencia. *«Antes* –recuerda–, *la gente compraba el piano para unir a la familia, que escuchaba a uno o varios de sus hijos. Pero ahora han acaparado otros instrumentos, como el órgano electrónico, y la juventud se vuelca para todo lo que es mecanizado; ya no existe la misma habilidad que antes. Pero tenemos que luchar, al menos yo lucho, para que esto siga adelante. Pongo todo mi esfuerzo en la fábrica, que viene a ser mi segundo hogar, ya que estoy aquí desde hace 37 años. Creo que esto debe seguir y que el país debe cambiar, para que esto también vuelva a florecer».*

Y José Imseng, desde su banco de carpintero, también se alarma comparando producción y personal de antaño con los de ahora: «Cuando comencé aquí se hacían 107 ó 110 pianos por mes y había 230 obreros. Hoy no sé si llegaremos a setenta».

Para quienes suponen que la crisis argentina es una crisis de fe en el país y sus habitantes, los operarios de la fábrica de pianos de Pilar señalan que el espíritu de José María Alcayde y del primer directorio sigue inspirando sus tareas cotidianas. Que el libro de visitas –un tesoro que conservan con orgullo– les obliga a conservar las ganas de luchar. Que los elogios firmados por Lucio Demare, los hermanos Abalos, el príncipe Kalender, Feliciano Brunelli o la poetisa Gabriela Mistral entre otros, los siguen comprometiendo como el primer día. Y aunque muchos se pregunten si es posible que los argentinos sigamos manteniendo una industria de estas características, ellos saben la respuesta: creen que sí, con el mismo entusiasmo y la misma fuerza que funcionaron como verdaderos gestores de esta peculiar empresa.

Una familia de obreros.

En el corazón mismo de la fábrica de pianos de Pilar, la operaria María del Carmen Bozzone arma una de las delicadas piezas del instrumento. Hace muchos años que desempeña esta tarea. Junto a Cecilia Martínez, quien reviste de tela cada una de las perforaciones que hace su compañera de trabajo, ven pasar el tiempo y lo valoran según los vaivenes de la curiosa sucesión de éxitos y fracasos. *«Hubo días felices* –dice la operaria Cecilia Martínez–; *años felices y momentos difíci-*

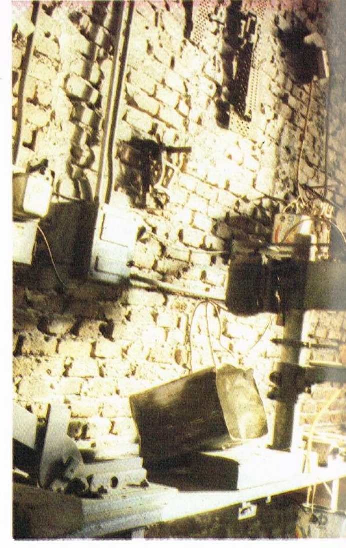
Los vecinos de Pilar son accionistas de esta ejemplar industria de artesanos.



les porque faltó el trabajo, pero éramos una familia bastante grande y ahora nos hemos achicado: hay menos gente. Pero esperamos pasar estos momentos tan difíciles. Pensamos que si esta fábrica llega a cerrar, va a haber mucha miseria porque es una de las que está manteniendo al pueblo; hay muchas familias aquí adentro».

Las miles de piezas que lleva en su interior un piano requieren cientos de manos habilidosas, años de entrenamiento y una distribución del trabajo donde cada parte de este musical rompecabezas encaje perfectamente. Piezas entrelazadas, manos entrelazadas. Vidas que se han unido en una familiar e insólita fusión. Hay aquí padres que dirigen a sus hijos y más de veinte casamientos entre compañeros de trabajo. Para demostrarlo está Mirta Isaía, quien durante siete años armó parte del mecanismo del piano. En esta tarea, que exige gran prolijidad y minuciosa atención, comparte junto a su padre el mismo amor por la madera e idénticas preocupaciones ligadas al futuro: *«Soy hija de Itorencio Isaía, que es empleado y jefe de una sección de esta fábrica. Siempre me emocionó hacer este trabajo, que consiste en pegar los cinturines a esto, que son las nueces. Y me siento muy contenta cuando me entero que alguno de estos pianos está sonando en alguna parte del país o del mundo».* El padre asiente y se toma su tiempo para agregar: *«hace 39 años que estoy trabajando acá, toda una vida. Nos parece que son de mucha calidad los pianos que se elaboran en este humilde y desconocido pueblo, tan desconocido para la mayoría de los habitantes de la república. Ahora es una época difícil pero no sólo para nosotros, sino para todos. Esperamos que las cosas mejoren también para todos».* Lo dice, y se calla.

En la fábrica de pianos «La Primera» se tiene la sensación de asistir a un hermoso juego que todos juegan en serio. Estos artesanos, de los cuales el país puede estar orgulloso, reciben madera, metales y cuero pero devuelven mucho más: la posibilidad de hacer música, el trabajo transformado en alegría y solidaridad. ¿Qué más puede pedirse de una tarea humana? ¿Hasta dónde se confunden artesanía, vida y oficio? Y especialmente, ¿qué sienten quienes protagonizan esta aventura que ya lleva sus rozagantes 47 años? *«Aquí principalmente se siente cariño. Y trabajo, por supuesto. Estamos nueve horas por día aquí, que sumadas dan muchas horas de trabajo y dedicación. Imagínese que yo entré aquí cuando tenía quince años y siempre estuve en esta sección, así que esto yo lo quiero».* Así habla Raúl Sella, que tiene 44 años y ya van para treinta de operario. Mientras sigue con su tarea, que parece infinita, Sella agrega que *«hubo épocas peores, en las que hemos llegado a trabajar medio día. Alguna vez intenté buscar otro trabajo pero finalmente me quedé aquí, que es adonde está mi vida».*

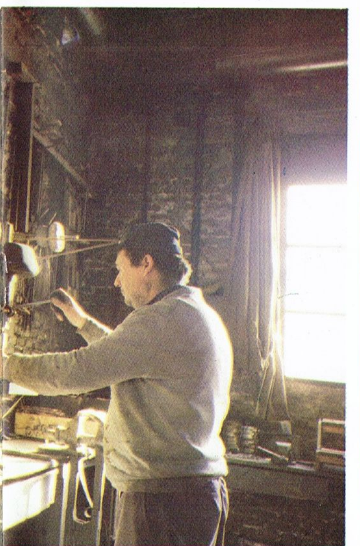


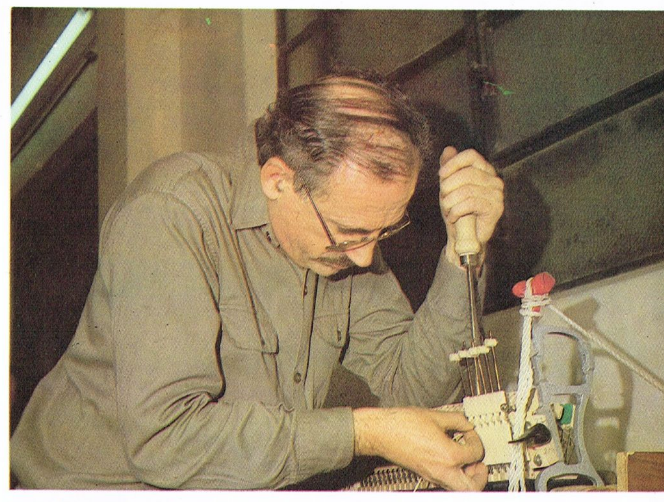
Mientras tanto, los pianos van tomando forma. Como si fuera una gran cinta de montaje, una sección agrega algo o finaliza lo que la anterior esbozó y dejó en borrador. Otras personas, con idéntico cariño al que pone Raúl Sella, marcarán las teclas, les pegarán una lámina de marfil y les darán un acabado perfecto para que otras manos sigan jugando sobre las blancas y las negras, recreando la magia de la música. No es poco lo que





A pesar de la crisis los operarios siguen cultivando esperanzas. En el taller, entorchan bordonas, ajustan máquinas y teclados y burilan diapasones. Así, unen las miles de piezas que necesita cada instrumento y convierten el trabajo diario en alegrías.



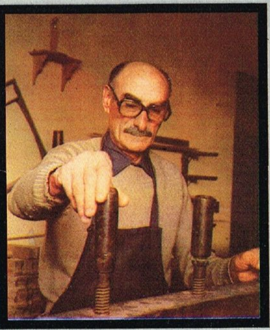


Raúl Sella, oficial de la sección máquinas, monta caballetes en lo que será la caja acústica del piano. En silencio, mientras transcurre su jornada laboral, este hombre no puede dejar de pensar en su futuro, en el de los suyos, en el de todo el pueblo.



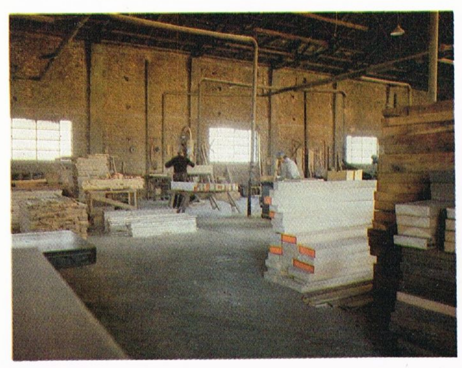
Los últimos son primeros.

La existencia de una fábrica de pianos en Pilar –o en cualquier otra ciudad del país– es un desafío a la concepción de una Argentina pastoril, atada a los vaivenes de las cosechas y los precios agropecuarios. Los técnicos y artesanos de«La Primera S.A.» –y no tan sólo por el hecho de que también son accionistas de la empresa– hace más de 47 años que desafían las leyes no escritas de que los buenos pianos deben ser fabricados por alemanes. ¿Acaso los japoneses no se han lanzado a demostrar al mundo que pueden hacer relojes, automóviles, juguetes y, también, instrumentos musicales? Con esa inquietud, con la misma filosofía, estos carpinteros santafesinos no se conformaron con abastecer el mercado interno sino que iniciaron exportaciones a Venezuela, Perú, Bolivia y otros países latinoamericanos. Más allá del hecho de que la clase media argentina ya no martiriza a sus jóvenes miembros con los ejercicios del Hanon; que el órgano electrónico y otros instrumentos transistorizados reemplazaron a ese mueble que, entronizado en el living, también aportaba status, los fabricantes de pianos, todo el pueblo de Pilar, convirtieron su industria en un desafío, en una obstinada demostración de que en Argentina la crisis no puede destruirlo todo. Menos el tesón de seguir viviendo y luchando por lo nuestro.

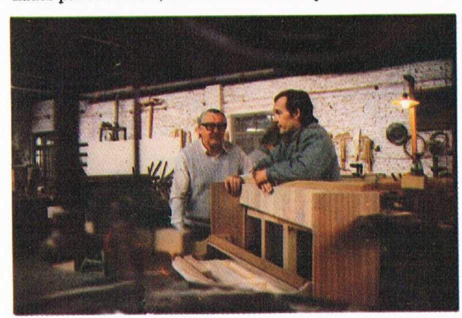


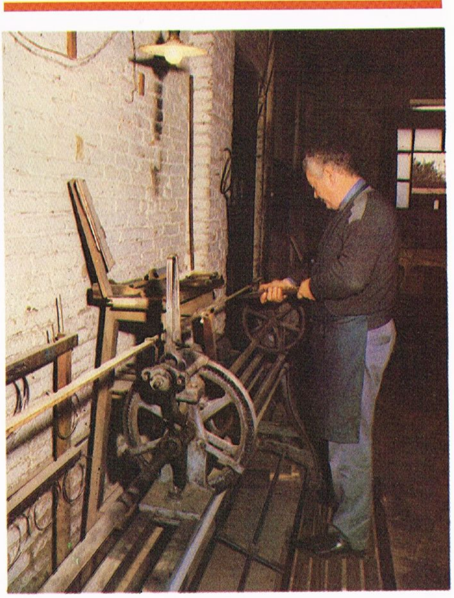


Guatambú y palo blanco, viraró y otras maderas, nacionales e importadas, garantizan un excelente sonido.



Un retrato de trabajo pero también una foto de familia. Muchos de los que posaron en los viejos tiempos, hoy lo hacen acompañados por sus nietos, herederos de oficios y vocaciones.

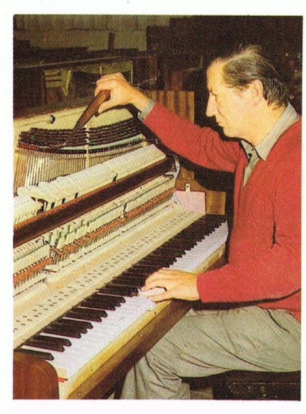




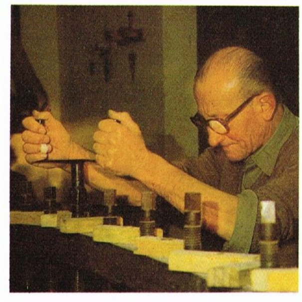
han hecho estos hombres sencillos y silenciosos. En tiempos mejores esta fábrica exportó pianos, piezas y otros componentes a Suiza, Italia, Venezuela, Perú, Ecuador y Paraguay. Una salida que hoy, por los avatares cambiarios y el desaliento a las exportaciones practicado en los años del llamado «Proceso», causó estragos a esta y a otras industrias del país.
Ante este panorama tan desalentador para otros, no deja de llamar la atención que estos argentinos, artesanos de la madera y el metal, sigan empeñados en hacer pianos. Que memoren una y otra vez sus inicios en el oficio. Que pregonen con orgullo las tareas indispensables para hacer nacer un instrumento después de 336 horas de trabajo, no pocas esperas y afanes.

Partituras de esperanza.

Mientras por sus ojos desfilan tallas y piezas de algarrobo, cedro, roble, pino Brasil, viraró, guatambú y palo blanco, el capataz Delio Juan Kinzel se devana el alma ante la disyuntiva de retirarse. Don Juan tiene 61 años y vivió 43 entre estas paredes, entre estas maderas que acunan una música desconocida todavía. *«Lo recuerdo como si fuera hoy. Mi ingreso a esta fábrica fue un 7 de enero de 1943. Realmente para mí fue un sueño, y también el haberme realizado hasta el día de hoy. Esta fábrica ha tenido una lucha muy grande en su trabajo normal. Empecé desde las tareas más pequeñas hasta ser el hombre que hoy dirige la fabricación del piano. Realmente hubo muchos sinsabores y muchas cosas han pasado por mi mente en estos años: cosas buenas y cosas tristes, como cuando necesitábamos materia prima importada y no la podíamos conseguir. Sin embargo pudimos suplir muchas de esas mercaderías importadas y llegar a lo que hoy es tener nuestra fábrica».*
Y mientras una operaria equilibra cada una de las teclas del piano, marcando el lugar exacto donde se colocarán contrapesos de plomo, en otro sitio un instrumento recién terminado se somete a un suplicio entre mecánico y sonoro: su paso por la máquina ablandadora, la que deja al teclado y sus cuerdas en condiciones de ser afinados y, desde luego, despachados.
Herison Chiosso, encargado de terminación, comenta las interminables relaciones entre las familias de Pilar y esta institución. Pocas palabras alcanzan y sobran para adivinar toda la vida que crearon estos vínculos laborales: *«Quizás nuestra familia es una de las que más ha dependido de la fábrica de pianos. Mi padre fue obrero aquí. Tuve dos hermanas solteras que han trabajado también en la fábrica. Y aquí mismo he tenido la oportunidad de conocer a mi compañera de toda la vida, que ha sido empleada y ahora es jubilada. Pero uno recapacita un poco y piensa que, quizá, el futuro de esta fábrica de pianos es sumamente incierto».*
Si la fábrica llegara a cerrar, el país perdería la única artesanía existente en su tipo. Algo poco admisible desde



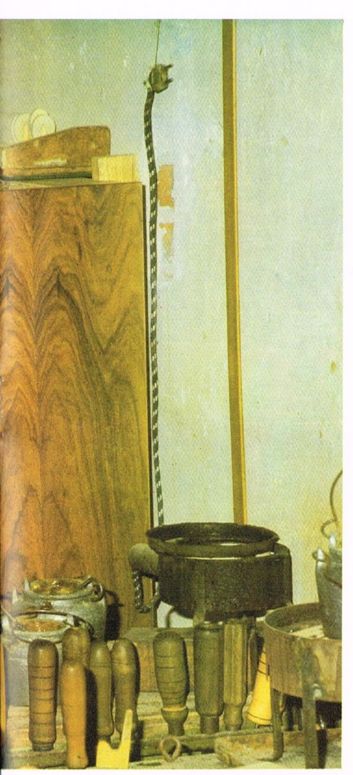
Juan Carlos Kinzel y su maestro Elvio Beppler afinan las cuerdas de los instrumentos ya terminados listos para entregarse.



la economía y la cultura. Y sobre todo considerando que esta mano de obra tan especializada es absolutamente irreemplazable y, en el caso de estos canosos artesanos, sumamente difícil de reubicar. ¿Adónde puede emigrar un carpintero con cuarenta años de oficio y sesenta de edad? ¿Dónde puede emplearse una persona especializada en tensar cuerdas de piano, afinarlas o calibrar el exacto golpeteo de las teclas? Pero estas preocupaciones pasan a segundo plano cuando la fábrica, como una gigantesca orquesta, se despliega para ejecutar su propia sinfonía. Es que tanto es el empeño que se deposita en cada manualidad, que por momentos el observador podría creer que el mundo ha logrado detener la marcha del tiempo: ni el reloj ni los apremios parecen sobresaltar a los armadores de pianos de «La Primera».

En la tranquilidad de la sala de afinación, Juan Carlos Kinzel templa el instrumento. Tres son sus herramientas de trabajo: sus manos, su oído especialmente entrenado y un pequeño diapasón que vibra en el sonido del la. Juan Carlos tiene 46 años y muchos de oficio. Como sus compañeros, tampoco se imagina a sí mismo haciendo otra cosa que ésta. Mientras entona una y otra vez el encordado, nos informa que cada piano debe afinarse muchas veces antes de su despacho. Porque la madera de su caja acústica, los metales del arpa, los paños de los apagadores y otras piezas ensambladas deben asentarse, aclimatarse, adaptarse a las formas que tantas manos le han brindado. Y recita, como dando una lección, algunas claves de vida y de trabajo: *«La afinación es la sincronización de los sonidos, de la música. Se empieza la afinación con un diapasón que nos da la nota la, para después ir haciéndolo todo a oído. Se hace la repartición en el centro del piano, luego se desplaza a los bajos y finalmente a los tiples o agudos. La afinación del piano es como un buen vino: lleva su tiempo. Nosotros aquí en la fábrica le damos cinco o seis afinaciones, pero la última es en la casa de música o en el hogar. Yo tuve un gran maestro, el señor Elvio Beppler, maestro de maestros de afinadores. Hace 32 años que trabajo acá. Empecé haciendo el encordado del piano y hoy hace 24 años que hago la afinación. Y la hago con mucho cariño, con mucho amor, con toda la dedicación, porque quiero al piano. Me gusta, me gusta la música del piano. Tengo una vida, mi vida, dentro de la fábrica y quiera Dios que pueda llegar a jubilarme dentro de ella».*

En otro lugar, dos hombres confeccionan los martillos que golpetearán las cuerdas. La tarea, que exige tiempo y paciencia, consiste en forrar con paño un listón de madera dura el cual se cortará en rodajas hasta formar los



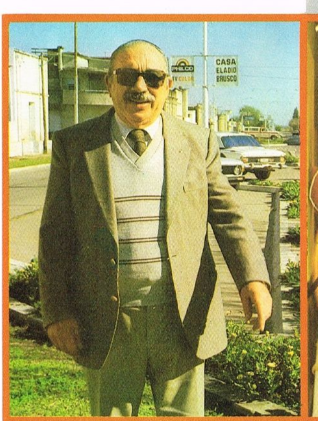
Testimonios de un pueblo en defensa de su fábrica de pianos.

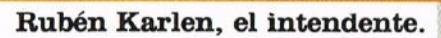
David Benzaquen, integrante del Rotary Club de Pilar: *«Este es un pueblo que viene todos los días a trabajar, a luchar y a hacer la patria desde el interior hacia el centro, como podríamos llamar a la Capital Federal. Estimo que aquí hay un gran espíritu, el espíritu que nos da a nosotros esta sensación permanente de que estamos viviendo en un pueblo excepcional».*

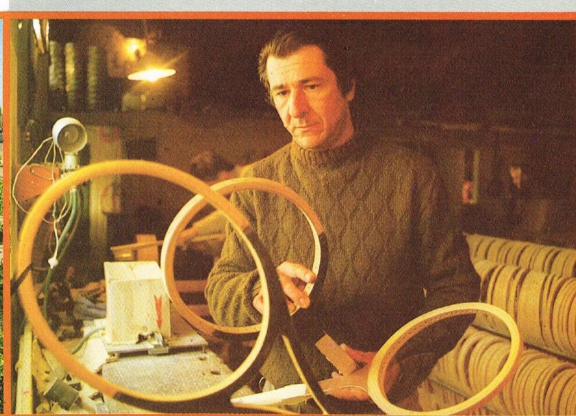
Rubén Karlen, presidente de la Comuna de Pilar: *«En Pilar tenemos un problema bastante común y que no escapa al general de otros lugares. Pero las industrias de Pilar son un poco especiales, distintas de las del resto del país. Por ejemplo: una importante fábrica de hierro fundido, una fábrica de raquetas y una industria que por tradición la tenemos como muy propia de nuestro pueblo: "La Primera", que como su nombre lo indica fue la primera de Sudamérica y sigue siendo una de las únicas que fabrica pianos. Por eso queremos, por todos los medios, defender nuestra industria pilarense, que es también una industria de todo el país. Su situación nos produce un poco de preocupación porque sus obreros no son trabajadores que puedan migrar a otros lados, ya que la industria del piano es muy especial».*

Néstor Knüssel, gerente de un banco local: *«Como parte integrante de la localidad, me enorgullezco de que Pilar cuente con una empresa de las características de la fábrica de pianos "La Primera", y entiendo que esta empresa ha perdurado a través de los años gracias al tesón, a la inquebrantable voluntad y a la capacidad de dirección puesta de manifiesto por sus administradores, ya que de no haber sido por la enorme fe demostrada por ellos, seguramente no existiría en Pilar esta fábrica, cuyas características en la construcción del piano, y por la importante mano de obra que ocupa, la convierten en la principal empresa de nuestra localidad».*

Nicanor Beliz, fabricante de raquetas: *«Pienso que la fábrica de pianos tendría que haberse volcado en la producción de órganos como continuidad del piano, para poder contrarrestar la competencia con artículos similares pero importados. Y también para estar actualizados».*




Rubén Karlen, el intendente.



Nicanor Beliz, el fabricante de raquetas.

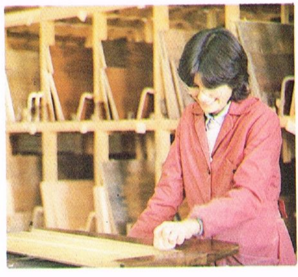
Muerte y resurrección.

Pedro Amadeo Fava no vive en Pilar. Es vecino de la cercana localidad cordobesa de San Francisco pero, como es presidente del directorio de «La Primera», pasa la mayor parte de su tiempo en el taller de carpintería.

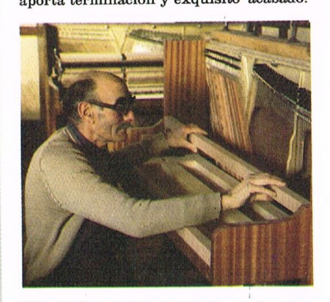
«Esta fábrica de pianos se ha iniciado en esta localidad con el solo efecto de poder dar un trabajo a la gente. Esta zona, prácticamente aislada de los centros importantes, necesitaba alguna empresa que ofreciera mano de obra. Esta ha sido la razón de su fundación. Pero la fábrica contaba desde unos veinte años atrás con una cantidad de personal que orillaba los 250 obreros. Hoy nos encontramos con otra realidad, en una situación casi totalmente desesperante. Los obreros, muchos de ellos accionistas, han pasado la vida en esta industria. Haber llegado a una producción tan ínfima como la de estos días, nos llena de tristeza. Estamos viendo la forma de solicitar ayuda para poder seguir con esto. No pedimos ayuda en dinero ni dádivas del gobierno. Pero no sabemos a dónde vamos a ir, porque la situación no da para más. Parece que el piano fuera un elemento prescindible para el hombre de hoy».

Cuando el país escuchó este relato a través del programa de televisión, se puso en marcha un extraordinario mecanismo de solidaridad y apoyo. Muchos volvieron a ver al piano como un instrumento de cultura. Y escuelas, municipalidades, coros, conservatorios musicales y centros culturales se pusieron en contacto con los obreros de «La Primera» para comprarle sus productos. Hubo turistas que visitaron la fábrica y salieron con un piano; la Dirección Nacional de Música, organismo que depende de la Secretaría de Cultura de la Nación, compró instrumentos para donarlos a nuevos coros del interior del país. Y de muchas ciudades y naciones limítrofes se despertaron corrientes de interés para que esta artesanía tan particular sobreviva con el mismo vigor –quizás– que llegó a tener tres décadas atrás.

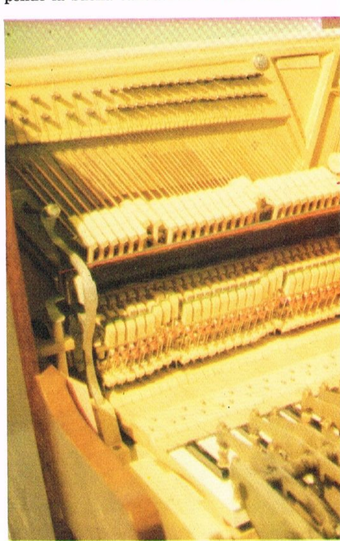


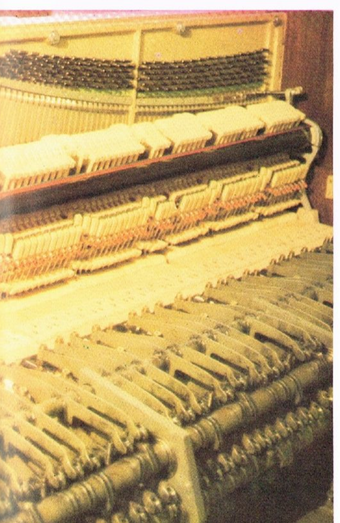


Finísimas maderas y enchapados revisten las cajas de los pianos. El lustre final aporta terminación y exquisito acabado.



Ajustar la máquina al mueble requiere paciencia, tiempo y pericia. De la tarea depende la buena calidad del sonido final.





martillos, que serán más gruesos para las notas graves y más delgados para las agudas.

Un pueblo en la fábrica.

Los habitantes de Pilar se sienten orgullosos de su fábrica de pianos. No solamente porque el diez por ciento de su población de 4.000 habitantes trabaje —o haya trabajado alguna vez— en este establecimiento, o porque muchos artesanos pudieron independizarse y establecer pequeñas carpinterías. El orgullo de los habitantes de Pilar deviene de que la mayoría de los vecinos —y de los mismos trabajadores de la planta— son accionistas y aportaron sus ahorros para capitalizar los primeros pasos de «La Primera». Preciada virtud en una sociedad y en un tiempo donde el ahorro era una cualidad y no mero gesto de supervivencia. Donde el dinero era un instrumento de desarrollo y progreso y no un medio de especulación. Donde el crecimiento de las plantas, los avatares de las cosechas y otros temas productivos no eran reemplazados por la charla insulsa acerca de cotizaciones y tasas de interés. Testimonio y recuerdo de esa época es el operario Eusebio Nani: *«Cuando estoy trabajando me viene a la memoria cómo se movilizó el pueblo en aquellos tiempos. Todos reaccionaron muy bien cuando se vendieron las acciones, incluso los de mucha plata. Veían que era una industria que tenía mucho porvenir. Pero esto se hizo grande al correr del tiempo, de los años. Mientras tanto estamos en el 86 y la fábrica sigue funcionando perfectamente bien. Cuando llega el otoño y cumplo los años, justamente el 21 de marzo, me pongo a pensar en los otoños que he pasado aquí adentro, viviendo prácticamente la vida, la vida común que nosotros tenemos. Y vengo a la fábrica como si fuera mi casa. Y aunque las cosas no andan bien en el país, tengo una tranquilidad única y estoy siempre contento porque ya estamos radicados y éste es nuestro porvenir. Si fuéramos a otra parte no nos encontraríamos: aquí somos felices»*. Eusebio Nani tiene 43 años y nunca perdió la fe. Ni aun cuando las nubes oscurecían sus queridos otoños. Tal vez Nani y sus compañeros no conozcan

No se trata de salvar una industria regional ni están en juego grandes intereses; el riesgo de perder esta manufactura tiene que ver con la cultura del país.



la opinión de Nietzsche acerca del último fruto de sus desvelos: *«Sin la música, la vida sería un error»*. Y poco importa porque el resultado está a la vista: estos hermosos artesanos, enamorados de su oficio, ayudan silenciosamente para que la vida no sea una equivocación.

Quizás alguien piense que ya no hay lugar para quimeras. Que los tiempos que corren vertiginosamente ya no dejan sitio para serenatas de piano, jovencitas que llevan su Hanon bajo el brazo o maestras de música que enseñan a cantar a los niños. Pero la cultura de un pueblo no pasa sólo por el reconocimiento de su geografía y de una historia a menudo cruel: también están la música y la poesía, los sueños y las fantasías.

Y mientras los obreros salen en algún atardecer de otoño, siempre habrá tiempo para que alguien recuerde las palabras de Ezequiel:

Tomaré la copa de un alto cedro y la plantaré;
de la punta de sus ramas tomaré un ramo
y lo plantaré yo mismo en un monte muy alto
y echará ramas y dará frutos
y se hará un magnífico cedro
y bajo él habitarán toda clase de pájaros
y se secará el árbol verde y reverdecerá el árbol seco.
Porque siempre la vida brotará.

Y la música vencerá al silencio.

TUCUMAN: el hombre de la zafra y su destino.



Población: 972.655 personas.

Densidad de población: 43 habitantes por kilómetro cuadrado.

Dónde está la gente: San Miguel de Tucumán: 394.008 habitantes; Cruz Alta: 112.270 habitantes; Chicligasta: 56.043 habitantes; Tafí Viejo: 57.754 habitantes; Monteros: 49.899 habitantes.

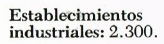
Los que nacen: 33.099 (dato de 1979).

Los que mueren: 7.656 (dato de 1979).

Mortalidad infantil: 45,40 cada mil nacidos vivos.

División política: Tucumán está dividida en diecisiete departamentos: Burruyacu, Cruz Alta, Chicligasta, Famaillá, Graneros, La Cocha, Juan Bautista Alberdi, Leales, Lules, Monteros, Río Chico, San Miguel de Tucumán, Simoca, Tafí Viejo, Tafí del Valle, Trancas y Yerba Buena.
Nota: Tucumán se destaca por ser la provincia más pequeña del país y poseer la mayor densidad de población a pesar de que en 1966 se produjo un fuerte proceso emigratorio cuando, por decreto, fueron cerrados numerosos ingenios.

La industria y el comercio (1985).



Establecimientos industriales: 2.300.

Personal ocupado por la industria: 33.035.

Establecimientos de comercio y servicios: 20.179.

Personal ocupado por el comercio y los servicios: 51.953.

Producción minera de 1980.



Minerales no metalíferos (en toneladas).

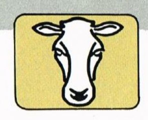
Arcillas	193.220
Sal común	25.270
Yeso	2.199
Arena	895.738

Principales cultivos.



Caña de azúcar	8.500.000
Azúcar blanco y crudo	755.641
Melazas y mieles	549.186
Bagazo	2.600.000
Maíz	37.200
Tabaco	6.900
Soja	141.000
Limón	220.000

La ganadería.



Censo ganadero de 1977 (en cabezas de ganado).

Bovino	255.200
Ovino	80.000
Porcino	27.700

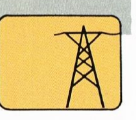
El fruto del bosque.



(en toneladas)

Rollizos	11.608
Leña	20.505
Carbón	120

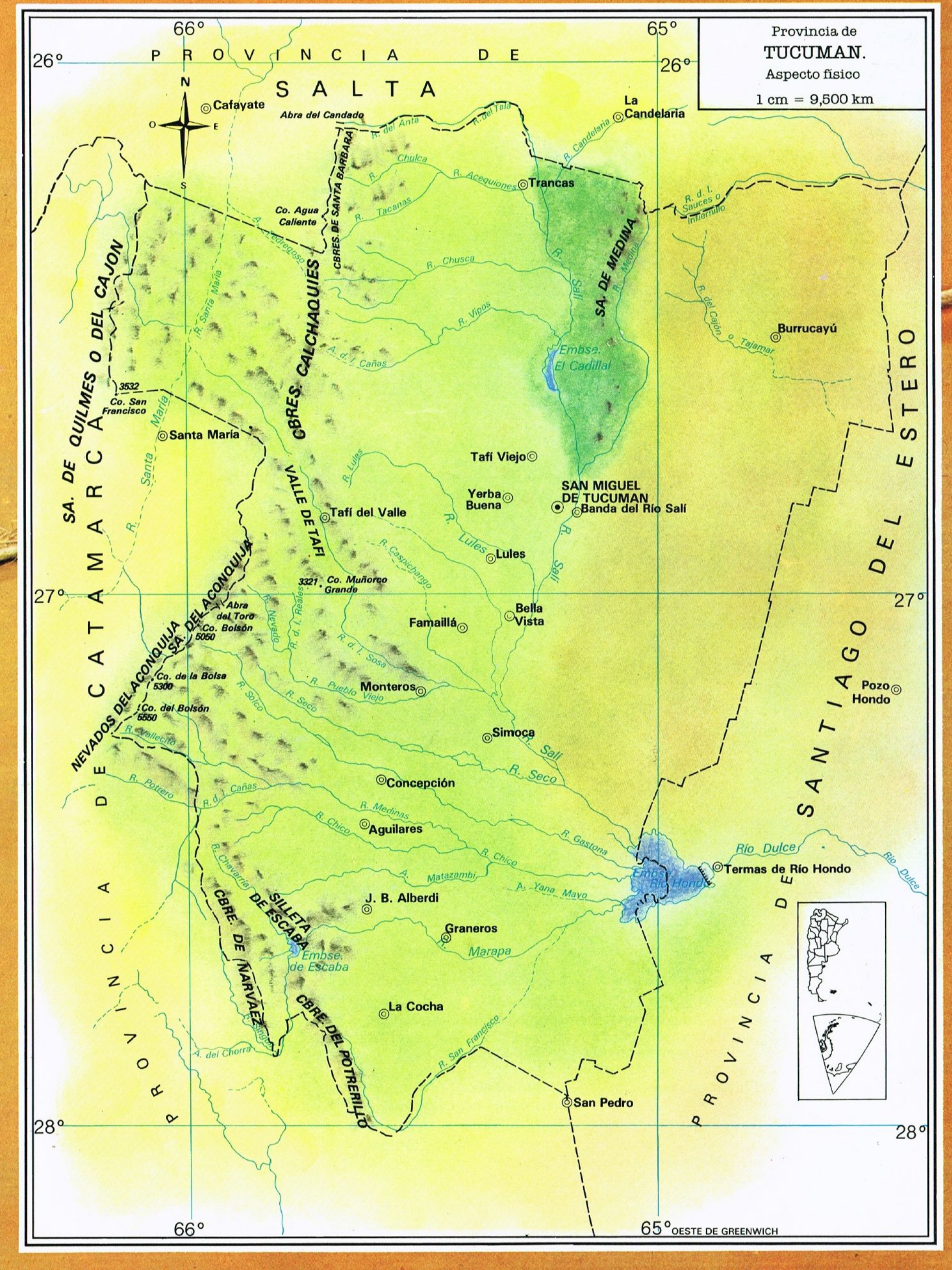
La energía.



Electricidad: potencia instalada de servicio público: 220.400 kilowatios.

Principales represas (en funcionamiento al 31 de diciembre de 1979)

Nombre	Población más cercana	Capacidad de embalse (metros cúbicos)	Destino
Escaba	Villa Alberdi	142.500.000	irrigación, hidroelectricidad, regulación de crecida.
Bitiruana	Villa Alberdi	440.000	irrigación, hidroelectricidad,
El Cadillal	Tafí Viejo	300.000.000	irrigación, hidroelectricidad, regulación de crecida, navegación.
Los Cordones N°1	Amaichá del Valle	230.000	irrigación


Provincia de
TUCUMAN.
Aspecto físico
1 cm = 9,500 km
PROVINCIA DE SALTA
PROVINCIA DE CATAMARCA
PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO
66°
65°
26°
27°
28°
OESTE DE GREENWICH
Cafayate
Abra del Candado
La Candelaria
Trancas
Co. Agua Caliente
CBRES. DE SANTA BARBARA
SA. DE QUILMES O DEL CAJON
CBRES. CALCHAQUIES
SA. DE MEDINA
Embse. El Cadillal
Burrucayú
3532
Co. San Francisco
Santa María
VALLE DE TAFI
Tafí Viejo
Yerba Buena
SAN MIGUEL DE TUCUMAN
Banda del Río Salí
Tafí del Valle
Lules
3321
Co. Muñorco Grande
Abra del Toro
Co. Bolsón 5050
SA. DEL ACONQUIJA
Bella Vista
Famaillá
Co. de la Bolsa 5300
Co. del Bolsón 5550
NEVADOS DEL ACONQUIJA
Monteros
Pozo Hondo
Simoca
Concepción
Aguilares
Embs. Río Hondo
Río Dulce
Termas de Río Hondo
J. B. Alberdi
Graneros
SILLETA DE ESCABA
CBRE. DE NARVAEZ
Embse. de Escaba
La Cocha
CBRE. DEL POTRERILLO
San Pedro